

Plegaria a la Virgen de Betharram

María, Madre de Betharram
María, Madre del Ramo Hermoso.

María que acoges al Verbo increado
con tu:

*Aquí estoy. Nada soy sino servidora.
En Dios, todo es posible.
Sí, Padre. Hágase tu voluntad.*

María, que entregas al Verbo encarnado
con su:

*Aquí estoy. Me empequeñezco, ahora soy servidor.
A la donación total hasta la muerte en cruz,
—en obediencia a tu plan liberador—
me impulsa el amor, únicamente el amor.
Sí, Padre. Hágase tu voluntad.*

María, Madre del Cristo Total
Madre de la Iglesia

con tu:

*Hagan lo que Jesús les diga
-despiertas el corazón filial que duerme en cada hombre
-cuidas que el Evangelio conforme nuestra vida diaria
y produzca frutos de santidad.*

María, Madre de Betharram, toda Tú eres "presencia sacramental de los rasgos maternos de Dios".

María, ¿podría, en tu regazo, reposar mi frente?

*Me sosiega la femenina serenidad de tu porte.
Me embelesa la apacible tersura de tu rostro.
Me transfigura la diáfana claridad de tu persona.
Me santifica Jesús, el fruto bendito de tu vientre,
que, cual ramo salvador, me tiendes.
Su Ecce Venio, tu Ecce Ancilla,
sea siempre impulso de mi Aquí Estoy,
vengo para hacer la voluntad de Dios
en el servicio apostólico de los hombres. Amén.*



ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA
Betharramitas: Hombres nuevos
constructores de una cultura nueva

Año V 2001 ~ Nº 5

Ser persona es unir

Unir es dar vida, porque la vida es unidad. Jesucristo vino a unir lo que estaba disperso (Jn 1/51). Su máximo deseo es *que todos sean uno como tú, Padre, estás en mí y yo en ti (Jn 17/21)*. Los criterios que da San Pablo en la epístola a los Gálatas, 5/19-24, son: quien une está bajo el impulso del Espíritu; quien desune, bajo el influjo de la carne, del mal espíritu.

Está claro que la voluntad de Dios es la unidad. El mundo camina hacia ella, aunque aparentemente no lo parezca. Es verdad que hay una unidad más objetiva que subjetiva. Nos unimos pero no nos amamos. Al mismo tiempo que, por una parte, comprobamos una mayor unidad en las comunicaciones —noticias, viajes—, por otra, vemos una gran desunión de corazones. Ver la falta de unión afectiva nos debe servir de acicate y de aliento para trabajar por esa unidad que no se acaba de lograr.

Hay que unirse no sólo en el saber y en el conocer, sino en el corazón. Nuestro ideal es unirnos, porque Cristo murió por ese ideal. Ser cristiano es amar tanto que se esté dispuesto a dar la vida por los que se ama, lo mismo que Cristo. Cuando una persona une es porque tiene fuerza. Y cuando no une o desune, puede haber omisión o pasividad (no une) o puede haber agresividad o ataque (desune); es una persona débil.

El mayor signo de la fortaleza es la unidad, porque es vida. ¿Y si no somos fuertes para unir? Todos podemos ser fuertes y todos podemos dejar atrás la debilidad. La fuerza del cristiano está en Cristo, no en nosotros. Recordemos aquella profunda frase de san Pablo: *Cuando soy débil es cuando soy fuerte, porque entonces es cuando aparece con más claridad en mí la fuerza de Cristo (2 Cor 12/10)*. ¿Y quién no tiene conciencia de esto? La fuerza de Cristo está en nosotros y por ello nos tenemos que conectar con Él (Jn 15/5). Pero no nos unimos; de ahí que nos parezca que somos débiles.

El débil, según esto, lo es porque quiere; o quizá porque, por un error mental, pone la fuerza en sí mismo; y eso sí que es pura debilidad, porque es ponerla en algo que no tiene consistencia. Ser persona es ser de otro; cuando se vive esto auténticamente, no hay debilidades.

DRM

Textos: Lc 1. Mt 11/26. Fil 2. Jn 2/5.
Puebla 300, 295, 290-91
RV 8-14

Realización del RP Daniel Ramón Martín scj

¿Por qué hay odios, divisiones, amenazas en el mundo? ¿Por qué no hay más amor? Porque se desconoce a Cristo y su Espíritu. Nosotros, los creyentes, no transparentamos a Cristo; no vivimos de El. Es Cristo quien une, pero también nosotros tenemos que colaborar con El. Él nos envió: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura (Mc 16/15)*.

El papel del Espíritu de Cristo, del Espíritu Santo, es unir, porque él procede de la unión y expresa la unión. Tenemos ese Espíritu. Y, ¿a quién hemos de unir? En primer lugar, a nosotros mismos. Hemos de procurar una integración en nuestro ser teniendo muy claro el sentido de la vida: qué queremos, dónde vamos y qué medios ponemos para lograr aquello que queremos. Esto es lo que nos da la máxima unidad. En segundo lugar, hay que unir a los demás. La labor del cristiano es poner unión donde no la haya.

Hay que unir los sexos, teniendo una mentalidad muy clara con relación a esto. La unión entre hombre y mujer es la unión radical, según el Génesis, capítulos 2 y 3. Hay que mentalizar en nuestro entorno e intentar que se viva la verdadera unión entre los sexos: por eso el divorcio es un ataque frontal a esa relación. Cuando se dé una unión personal entre hombre y mujer, es decir, cuando se trascienda lo genital y se descubra a la mujer en su profunda identidad (Gn 2/18-25), la humanidad habrá dado un paso gigantesco en su evolución. Si no hay esta unión es porque la que existe está instintivizada. Y esto es un atraso.

En el momento en que se dé el paso adelante y se vea que la unión entre hombre y mujer tiene que estar más allá del instinto, habremos logrado un formidable progreso en las relaciones humanas y, como consecuencia, una gran unidad en la humanidad. La constante —y a veces ciega— agresividad que hay en los hombres, se debe a que no se tiene un auténtico conocimiento y vivencia de lo femenino. El ansia de dinero, de bienestar, de consumo, se debe a que se desconoce el amor.

El cauce principal del amor está en la debida relación entre los sexos. En los Libros Sapienciales se dice que la mujer es la ayuda del hombre en todos los aspectos; y esto está por descubrir. Se sigue desconociendo a la mujer, incluso por parte de teólogos cristianos.

En este terreno, la humanidad se está jugando muchísimo. Hoy por hoy, no hay más unión entre el hombre y la mujer que la genital. Por lo demás, somos enemigos. Hay cierto desprecio y temor del hombre hacia la mujer, y una especie de expectativa —espera, miedo, desconfianza— de la mujer hacia el hombre. La mujer busca el amor; no sabe dónde está y lo busca en muchas ocasiones en lo genital (Cf. Jn 4).

La auténtica relación entre los sexos implica una revolución antropológica —la mayor— y la tenemos que hacer los cristianos que sabemos que el amor es lo principal y que no se identifica con lo genital; está por encima de esto, pero respeta la diferenciación sexual; aún más, la promociona.

Hay una frase que se atribuye a Cristo, que dice que cuando la diferenciación entre hombre y mujer esté superada, en cuanto a la distinción genital, se habrá vuelto al paraíso. *El Reino de Dios vendrá cuando dos sean uno y lo masculino no sea ya lo mismo que ahora con relación a lo femenino.*(1)

Hay que intentar, además, el diálogo con todos. Lo que no es cristiano es la cerrazón en las propias posturas. Toda actitud tiene su parte de verdad; nosotros, como personas concretas, no tenemos toda la verdad. Sólo Cristo es la verdad.

Además de la unidad en la mente, la unidad en la fe, en la verdad, hay que unir con los hechos; hay que compartir. Se oponen a la unidad la avaricia, la ambición y el egoísmo. Debemos mentalizarnos de que hay que compartir. Hay que tender a la comunidad de bienes. Propio de la mentalidad cristiana es intentarlo, como expresión de la comunidad de los corazones (Cf. Hch 2/44-47).

Esta tarea es imposible hoy por hoy; tenemos delante un mundo hambriento, marginado, inculto; hay que lograr —y en el mundo cristiano se lo tiene que plantear con toda seriedad— la superación de tal estado de cosas. Poco podemos hacer; pero hay que saber que a esto hemos de tender porque la comunión es un postulado cristiano (Cf. 1 Cor 11/17-33).

En ese sentido, hay que dar una panorámica más amplia a nuestra existencia y dejarnos de particularismos y de problemas individuales. Porque la visión más amplia es real. Nosotros no tenemos una explicación adecuada del mal y del dolor, porque no tenemos una visión total de la historia y de la realidad. Dios sí tiene una explicación total, y además convincente de todo. Desde Dios, toda la historia y toda la realidad tienen una perfecta coherencia.

Cuanto más amplia, más relacionada, más sea la panorámica, más realista será y más verdadera. Así nos acercamos a la visión de Dios.

RAFAEL PÉREZ PIÑERO

De los Pensamientos de San Miguel Garicóits

Apartémonos del espíritu satánico, del espíritu propio y de las ideas preconcebidas a las cuales da origen. *Quitad el espíritu propio, la voluntad propia, y no habrá más infierno.* Las ideas propias son el azote de todo bien. Los Apóstoles, después de todas las enseñanzas de Nuestro Señor, después de todos los cuidados que les dispensara, están siempre sin entender: *no entendieron*, y luego ¡ahí andan por el suelo! [105] La verdadera caridad es suave y fuerte a la vez; sabe aunar el amor a las personas con el odio al vicio; está llena de condescendencia, mas sin asomo de cobarde complicidad. La virtud estriba en un **justo medio**, que la discreción da a conocer; sin dicha discreción, la virtud queda desnaturalizada y las más preciosas gracias llegan a ser instrumentos de desorden y de escándalo. [137]

(1) Citado por EVDOKIMOV: *La mujer y la salvación del mundo*. Ariel, Barcelona, 1979, pág. 24